

Arturo Azuela

# Historia imaginada

Edgar Esquivel

*El fallecimiento de Arturo Azuela, acaecido el siete de junio pasado, nos deja sin una de las figuras más destacadas de nuestras letras. Edgar Esquivel nos ofrece una semblanza del autor de Manifestación de silencios, La mar de Utopías y Estuche para dos violines, por sólo mencionar algunos títulos de su obra.*

“Fue elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua el 9 de mayo de 1985 y tomó posesión el 25 de septiembre de 1986; ocupó la silla xxx que había dejado vacante Agustín Yáñez en enero de 1980”.

Baste dicho asomo de una biografía multifacética, la de Arturo Azuela (1938-2012), autor de *El tamaño del infierno*, para delatar su cátedra ininterrumpida de sensibilidad libertaria y su voluntad de saber, además de la asunción personalísima que hizo de una tradición literaria que guarda con celo el cariz de una época —la etapa armada de la Revolución mexicana con sus trágicas secuelas regionales— que definiría a la postre buena parte de la cultura en México. Tan es así que dicha tradición, sorprendentemente, aún puede presumir de que nosotros inclusive somos parte de aquel propósito mayor de relatoría fantástica.

La ambición cognoscitiva fuera de serie que caracterizó la vida y la obra de Arturo Azuela permitirá seguir indagando y repensando sobre los detonadores y elementos que han marcado las vertientes del ámbito literario en México, su vigencia o líneas de continuidad a partir de lo que se conoce como la “novela de la Revo-

lución mexicana”. Si la política (la *otra* ficción) hace ya buen tiempo que se encargó de hacer de tal suceso un mito ausente y sin perspectivas, la literatura gestada en torno a ello, en cambio, alcanzó niveles ejemplares de evolución estética no obstante haber quedado al amparo de una realidad disuelta en estilos, matices y compromisos artísticos igualmente disímbolos; constituye todavía un referente de creación que se apega a la observación más detallada y la disciplina como factores de inspiración.

Así, Historia y novela —binomio efectivo de viejo cuño— son dos categorías de la imaginación con caminos que se entrecruzan cínica y promiscuamente; además de ser el resultado de una misma obsesión: la unción de los acontecimientos y su reconstrucción “de autor”.

Cualquier historia o relato, de elaboración intelectual compleja o básica, termina por ser un artificio (no estrictamente literario) que se contrapone a su origen: lo que denominamos realidad; por tanto la memoria, el deseo, las frustraciones y los anhelos del hacedor de ficciones sostienen un diálogo permanente con quien se encarga de hacer o de interpretar la Historia, luego en-

tonces tenemos que la literatura es un registro alterno de tal concepto y viceversa. La fórmula no es novedosa, pero adquiere tal claridad y contundencia en muchas de las reflexiones de quien fuera también director de la *Revista de la Universidad de México* y de la Facultad de Filosofía y Letras, que bajo esa óptica no hay sitio posible para rivalidades o desplantes entre disciplinas, al contrario; la Historia Universal, por ejemplo, llega a ser verdaderamente *otra* bajo el supuesto de que es el producto de refutaciones constantes, de certezas a destiempo que sostienen meras figuraciones o puros inventos—sin menoscabo de fuentes primarias o secundarias—; ahí están las crónicas y los avistamientos. El relato de nuestra existencia, sea vivencial o no, asume rostros inverosímiles pero al final es uno solo: la única poseedora de la verdad es la imaginación.

Bajo ese criterio, Immanuel Kant estableció en *Idea para una historia universal en clave cosmopolita* un noveno principio que consigna el hecho de que “un intento filosófico de elaborar la historia universal conforme a un plan de la Naturaleza que aspire a la perfecta integración civil de la especie humana tiene que ser considerado como posible y hasta como elemento propiciador de esa intención de la Naturaleza”.

Por su parte, Azuela, en *La mar de utopías*, fustiga que “todas las sagas podían tener cabida en las ficciones de la novelería popular”. Los acontecimientos, la elemental historiografía y aun su interpretación bajo ésta o aquella escuela, terminan siendo terreno de la ficción.

El historiador sin imaginación no es capaz de recrear el mínimo suceso; incluso el registro más puntual o exacto es resultado de una observación particular, de una “perspectiva”. El novelista que tiene antecedentes, bitácoras o almanaques sólo con imaginación resana y describe un pasaje. Pero bajo ninguna circunstancia—en uso cabal de razón—podemos alegar inocencia o llamarnos a engaño, pues ni ausencia de rigor en un caso ni alteración de realidad en el otro. Arremete Kant:

Ciertamente, querer concebir una *Historia* conforme a una idea de cómo tendría que marchar el mundo si se adecuase a ciertos fines racionales es un proyecto paradójico y aparentemente absurdo; se diría que con tal propósito sólo se obtendría una *novela*. No obstante, si cabe admitir que la Naturaleza no procede sin plan e intención final, incluso en el juego de la libertad humana, esta idea podría resultar de una gran utilidad; y aunque seamos demasiado miopes para poder apreciar el secreto mecanismo de su organización, esta idea podría servirnos de hilo conductor para describir—cuando menos en su conjunto—como un *sistema* lo que de otro modo es un *agregado* rapsódico de acciones humanas.

Un reto: al repensar lo anterior es posible que los caminos se reduzcan: nihilismo o “fin de la Historia”, si al cabo novelar o historiar son parientes más que cercanos. Pero por un buen debate al respecto bien vale retomar lances intelectuales con altas dosis de extravagancia y riesgo. Al menos yo no sé qué pensaba el maestro Arturo Azuela sobre una tesis de esa magnitud elaborada en 1992 por Francis Fukuyama (*The End of History and the Last Man*), y tampoco sabría decir en este instante si en algún sentido la literatura formó parte de esa conspiración de Fukuyama que alteró las buenas conciencias y a toda la crítica, académica y no académica. Lo cierto es que no deja de ser atractivo y divertido preguntarnos lo siguiente: ¿Qué simbolizaría el fin—la conclusión—de la historia de la literatura? ¿Habría ocurrido ya? ¿Y el canon qué culpa tendría en ello? ¿Por qué no hicimos nada para evitarlo? ¿De verdad sería tan nefasto considerar que las historias, sin importar cuál, han sido y son siempre parte de un mismo relato? ¿Por qué sería difícil aceptarlo? ¿Cuál es el fin de la literatura de nuestra Historia, que no su filosofía? En todo caso, yo no veo que nadie se queje por la vigencia y reiteración a mansalva del *Quijote* de Cervantes, un caballo troyano o las aventuras de unos hombres llamados Odiseo, Jesús o Ulises. Es más, si alguien apunta que esto es un disparate, bienvenido. El razonamiento no deja de ser válido.

Entonces don Arturo Azuela preparó unas palabras para la ceremonia en que la Academia Mexicana de la Lengua lo recibió como miembro de pleno derecho, allá por 1986. Su discurso de ingreso fue, y es, al mismo tiempo—como suele darse en estos casos—una reiteración de sus “cartas credenciales” como creador. *Historia y novela (cinco ejemplos mexicanos)*, su discurso, versa sobre los cinco autores que conforman un mismo sentir con respecto a una serie de sucesos e imágenes de la realidad, nuestra “realidad mexicana”, que no sólo nos exprimen la nostalgia sino que nos estampan compartidamente de cuerpo entero; nos endilgan una idiosincrasia como categoría que antecede y evade el folclor.

Mariano Azuela, Agustín Yáñez, Martín Luis Guzmán, José Revueltas y Juan Rulfo no son únicamente la cofradía de escritores que reproducen la Revolución mexicana como imaginario, símbolo o drama, sino que conforman la vanguardia narrativa que literalmente revolucionó los estilos y la composición de textos; en conjunto renovaron y determinaron—junto a otras corrientes como *Contemporáneos*—los derroteros de la literatura mexicana. Entre 1873 (año en que nace Mariano Azuela) y 1986 (fecha en que Juan Rulfo muere) hay de por medio ciento trece años. *La pax porfiriana* y el *nacionalismo revolucionario* trascienden mirando juntos y de cerca cómo México busca desprenderse de su “positivismo tropical” y de los saldos de la *raza cós-*

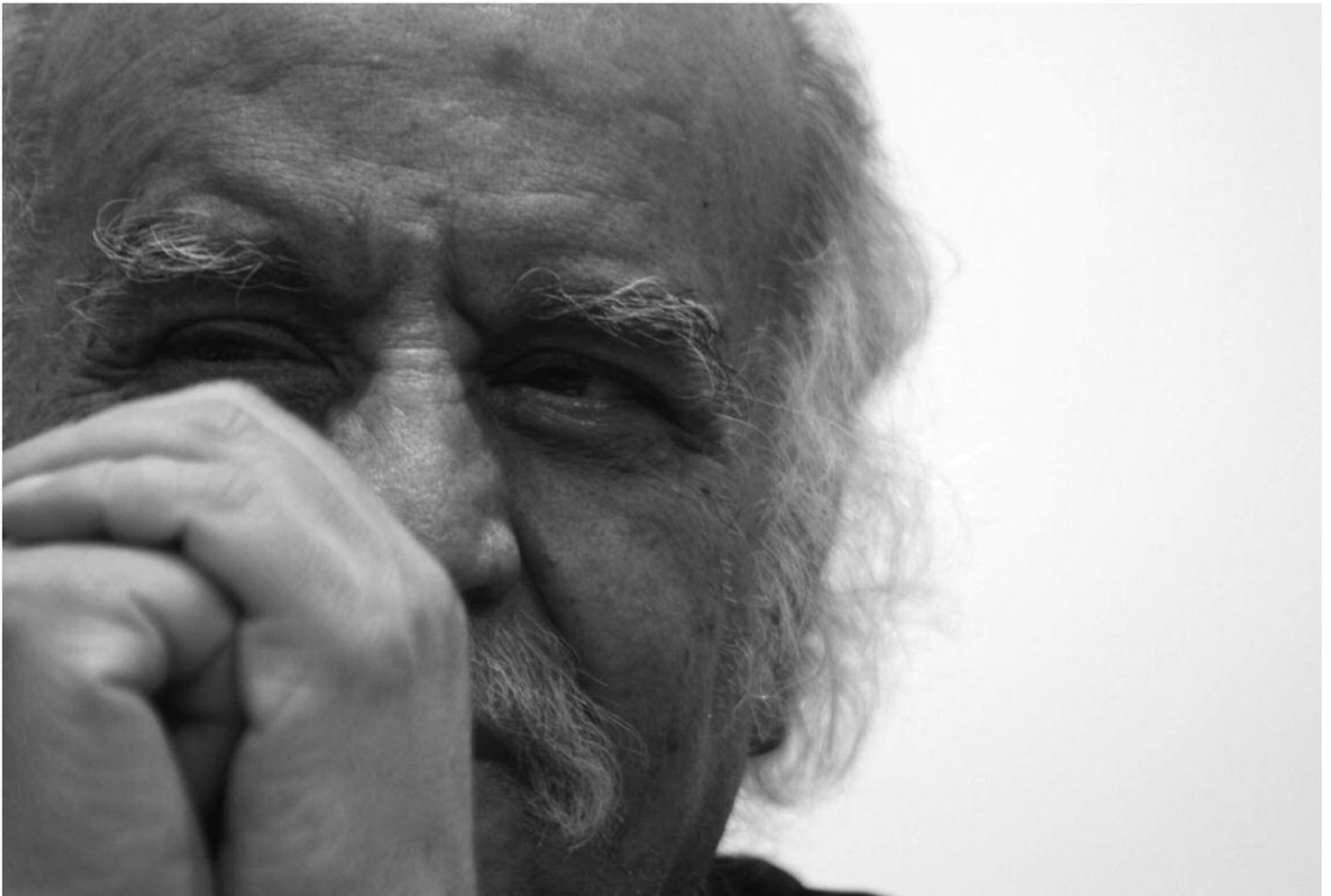
*mica* para hacer de la democracia y la modernidad nuevas secuelas.

En cada caso (vale precisar que en el quinteto de letras de Azuela no hay oriundos de la capital) Arturo Azuela analiza y rememora justamente los emplazamientos de la verdad sobre los que Historia y novela se construyen al unísono o se sustentan y argumentan de forma idéntica. “¿En cuántas ocasiones los representantes de la verdad histórica no caminan sobre el filo de la navaja?”. La observación, objetividad, detalles, ambientes, testimonios, compromisos, el rigor, la desmemoria, recuerdos, olvidos, instintos, sospechas, protagonistas, actores secundarios, experiencias, motivos, el azar, la improvisación, la estructura, obsesiones... el pasado o el futuro inclusive. La literatura se sirve de la Historia, de la Filosofía, de las Ciencias, pero cada disciplina a su vez logra algo al nutrirse de la perspectiva ajena u opuesta. Arturo Azuela quiso agotar los recursos para explicarse y explicarnos cómo es que la vida se vuelve inaprehensible en el momento en que los motivos y los sentimientos no son parte de una sencilla narración, sino de la racionalidad más abyecta. Lo cierto es que el afán de conocer y cuestionar las distintas perspectivas del acto de imaginar busca no agotar los caminos, sino multiplicar acaso el que nos promete conducirnos sin cortapisas hacia nuestra utopía personal. “Estaré buscando

la mar de asombros, con la transfiguración del mundo, con las ruedas del tiempo...”.

Arturo Azuela tenía presente (en sus textos, palabras y pensamientos) las palabras de Alfonso Reyes: “La literatura, la poesía, son como una vasta investigación en busca de la conciencia nacional, encaminada a dar al mexicano mayor vinculación con la tierra y un apoderamiento mayor sobre las realidades del mundo”. Por eso Juan Rulfo es síntesis y el paradigma, porque logra —como nadie hasta ahora— hacer que la “no-historia” se vuelva un hecho que nos eriza al leerlo y releerlo.

¿Será arriesgado pensar o considerar que las conclusiones de quien fuera matemático e historiador, originario de la colonia Santa María la Ribera en la Ciudad de México, nos inciten a ponderar que el deceso de Rulfo (ocurrido entre su nominación de ingreso a la Academia y la lectura del discurso respectivo) supondría no la culminación de una etapa, sino de la literatura mexicana misma? Ya sólo hay un camino posible porque todos los caminos llevan o vienen de Rulfo si de verdadera literatura o Historia hablamos. Trágica realidad y condición de una identidad que sigue pendiente de las leyendas, del sometimiento, de la esperanza fútil, de una victoria que al final sólo ronda el fracaso. Así es más fácil entender el lamento borgiano: una de las miserias de nuestro tiempo es que no podemos creer en la felicidad. **U**



Arturo Azuela